

ferma de recios dolores, y tornó á la vida después de cuatro días de parasismo; allí entró por última vez para asistir á su buen padre en su postrera enfermedad y ejemplarísima muerte, y contemplóle difunto como á un ángel cual en vida ya se lo parecía (1). De la casa nada queda; quedan empero los objetos circumvecinos, la plazuela solitaria, en su centro un copudo olmo, si no el mismo, probablemente sucesor del que entonces habría, enfrente el almenado muro y una de sus puertas por donde se descubre el sinuoso río y la vega y las azuladas sierras meridionales, el horizonte en fin por el cual tantas veces se esparcieron las miradas de la meditabunda doncella y que no sería el menor atractivo que se le representase vinculado al hogar paterno.

En los conventos de religiosas es donde vive en la plenitud de su brillo la memoria de la santa madre; pero antes de llegar á los que por título de residencia ó de fundación se enlazan con ella más estrechamente, ocupémonos de otros más antiguos. Tres ocurren que en su tiempo ya habían dejado de existir: el de San Clemente de Adaja fundado extramuros por Alfonso el sabio para monjas benedictinas, á quienes concedió la renta de las cuartillas creada, á lo que se supone, desde la menor edad

de su vida, que cuando salí de en casa de mi padre no creo sea mas el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba por sí; que como no habia amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara no bastaran mis consideraciones para ir adelante.» Contaba á la sazón diez y ocho años en el otoño de 1533.

(1) No establecida aún en su convento la clausura, pudo santa Teresa prestar á su padre los servicios y cuidados que en el cap. VII se complace en recordar al par del cariño que le tenía. «Con estar yo harto mala me esforzaba, y con que en faltarme él me faltaba todo el bien y regalo porque en un ser me le hacía, tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena y estar hasta que murió como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando via acabar su vida, porque le queria mucho.» Y luégo añade con humildad profundísima: «Quedó como un ángel, y así me parecia á mí lo era él á manera de decir en alma y dispucion, que la tenia muy buena. No sé para qué he dicho esto sino es para culpar mas mis ruindades despues de haber visto tal muerte y entender tal vida, que por parecerme en algo á tal padre la habia yo de mejorar.»

de Alfonso VII (1), el de Santa Escolástica y el de San Millán ambos de la regla cisterciense. El primero de estos dos fué erigido por el arcediano de Arévalo don Juan Sánchez y transformado al poco tiempo en hospital por el deán de Ávila don Pedro de Calatayud á la entrada del siglo XVI, de cuya época es la portada, único resto del hundido edificio, que frente á la parroquia de Santo Domingo ostenta dos gentiles arcos de medio punto entre agujas de gótica crestería y en el pilar divisorio una figura de la Virgen bajo doselete, dejando ya ver más arriba en los follajes el estilo del renacimiento (2). El de San Millán debió en 1468 su principio al caballero Juan Núñez Dávila, fundador ó restaurador de tantos conventos y santuarios, entre los cuales mereció éste la prerogativa de poseer sus despojos y su bulto de alabastro (3). Á las monjas reemplazaron en 1529 los niños de la doctrina, y á éstos en 1568 un colegio de sacerdotes y directores espirituales, hasta que en 1586 lo redujo á seminario de estudiantes el obispo Fernández Temiño, labrando luégo el nuevo edificio su sucesor Otaduy. La iglesia pasó á ser capilla del establecimiento, conservando en un arca enfrente de la sepultura de Juan Núñez el cuerpo de la venerable Mari Díaz, mujer de condición humilde que murió en 1572 admirada de todos por sus virtudes.

Agregáronse estos tres conventos uno tras otro al de Santa

(1) Á este convento fué cedida la expresada renta, que consistía en tres celemines de trigo por cada yunta de bueyes y que se transmitió al de Santa Ana al incorporársele el de San Clemente.

(2) De 1505 es la bula de la erección del hospital y de 1513 la escritura del fundador que se halla en el archivo municipal y de la que tomamos lo siguiente: «Yo don Pedro de Calatayud dean de Ávila fundador que soy e administrador perpetuo del ospital de Santa Escolástica... quiero e mando que sea llamada de Santa Escolástica porque así fué llamada la iglesia quando fué fundada por monesterio de monjas por el reverendo señor don Juan Sanchez arcediano de Arévalo, que la tumba del arcediano que ahí está sea quitada... porque la iglesia es pequeña e no esté ocupada.»

(3) Existe aún en la capilla del seminario con este letrero: «Aquí yace Juan Nuñez Dávila que fundó este monasterio y la iglesia de Santa María de las Vacas, finó año de 1469.» Reedificó además, como llevamos dicho, las iglesias de la Trinidad, de la Antigua y del Carmen, é hizo la ermita del Cristo de la Luz.

Ana también cisterciense, levantado en 1350 y ampliamente dotado por el poderoso obispo don Sancho Blásquez Dávila, de cuya noble familia nunca faltaron moradoras en aquel claustro. Visitábanlo los reyes siempre que posaban en la ciudad, y en su refectorio comió en 1531 la emperatriz Isabel é hizo vestir de corto al príncipe don Felipe. Hállase situado fuera de las murallas en lugar desahogado al este de la población; y los machones de sus paredes, la alta espadaña y hasta el ojivo portal guarnecido de boceles con la efigie de San Bernardo encima, no parecen formar parte de su primitiva estructura. Por dentro es aún más visible la renovación en la cúpula cruzada por radios, en el arco almohadillado de la capilla mayor y en los retablos churriguerescos: la inscripción colocada sobre la reja del coro se refiere á la traslación de los restos de María Vela, fallecida en olor de santidad en 24 de setiembre de 1517. Lo que del siglo XIV permanece es la estatua del prelado puesta de pié en un nicho frontero á la entrada y la relación de sus dádivas consignada debajo en versos alejandrinos nada poéticos en verdad, pero dotados de la gracia infantil que respiran los de Berceo y del arcipreste de Hita (1).

(1) Esta notable inscripción, única tal vez en aquel lenguaje y metro, se halla esculpida en mayúsculas de dicha época, y dice así:

Don Sancho obispo de Ávila como sennor honrado  
 Dió muy buen exemplo como fué buen prelado,  
 Fizo este monesterio de sant Benito llamado,  
 E dióle muy grandes algos por dó es sustentado.  
 Puso hi muchas dueñas et de muy santa vida,  
 Diólas su abadesa entendida et sabida,  
 De libros e vestimentas la iglesia muy cumplida,  
 E de muchas otras joyas la fizo enriquecida.  
 Puso hi capellanes que cada dia cantasen,  
 Et las horas del dia todas muy bien rezasen,  
 Et por todos los finados cada dia rogasen,  
 Ca dióles buenas rentas con que lo bien pasasen.  
 E porque este monesterio fuese mejor guardado  
 Et en todos sus algos fuese bien mamparado,  
 Dió la visitación á qualquier que fues prelado  
 Obispo que fues de Ávila e non de otro regulado.  
 Andaba estonce el era quando el fué acabado  
 En mil et CCC años segunt diz el dictado

Nieta de un caballero francés de los que vinieron en auxilio de Enrique de Trastámara y viuda de Fernando de Belmonte era doña Catalina Guiera, que fundó hacia 1460, al principio del citado arrabal á espaldas de Santo Tomé el viejo, el convento de dominicas titulado de Santa Catalina. Su mucho recogimiento le atrajo la especial protección de los regidores, que le concedieron terreno para ensanche de la iglesia y trabajaron en resguardarle de incómodos vecinos (1). Ruinas de él solamente restan; pero en su capilla mayor todavía se reconoce el estilo de imitación gótica, y el del renacimiento en las pilastras corintias de la portada y en el ovalado medallón que encierra la imagen de la santa mártir.

La misma que empezó para los frailes Predicadores la magnífica casa de Santo Tomás y restauró la ermita de Sansoles, la ilustre doña María Dávila, instituyó en 1502 por testamento en su heredad de las Gordillas, tres leguas distante de la ciudad, un convento de clarisas bajo la advocación de santa María de Jesús, y fué su primera abadesa. Aún vivía según parece, cuando se trasladaron dentro de Ávila las monjas á un oratorio erigido también por ella y dedicado á la Anunciación; hoy se denomina de las Nieves, y en la calle del Comercio (entonces de Andrín) muestra su planta cuadrada, su bóveda de crucería y una ventana de medio punto con vidrios de colores. Sobre la puerta hay un relieve del misterio, pero en medio del barroco retablo campea una virgen de piedra blanca, porque sin duda al cambiar de dueño cambió de titular (2). Tampoco allí permaneció la comu-

Et mas LXXXVIII por mejor ser lembrado,  
 Et dió gracias á Dios el obispo mucho onrado.

(1) Consta en el archivo municipal que en 1511 se le facilitó dicho ensanche y que en 1569 se representó al rey para que hiciese mudar á otro sitio los colegiales de San Millán cuya proximidad al convento podía molestarle.

(2) Vendieronlo las monjas por los años de 1600 y en muy poca cantidad, según el autor del episcopologio, á Antonio Gutiérrez de Vayas y á María de la Concepción mercaderes, quienes queriendo tomar título de fundadores borraron la inscripción de la cornisa que declaraba ser del tiempo de los reyes Católicos, y con sus memorias y aniversarios oscurecieron los de la fundación primitiva.

nidad mucho tiempo, pues buscando mayor espacio por el año de 1552 pasó al sitio que hoy ocupa en las afueras á la parte de sudeste contiguo al acueducto que acaba de construirse. Cierra el vasto recinto una alta cerca, y sobre el portal corintio del templo júntanse los escudos de seis y de trece roeles, blasones de las dos cuadrillas rivales; mas el interior se reduce á una desnuda nave sin capillas, alumbrada por ventanas semicirculares, con el presbiterio en lo alto de una larga escalinata, y á los piés una bóveda de labradas aristas encima del coro, donde según noticias debe yacer con efigie de mármol la fundadora.

Al pié de los muros del alcázar, en el declive de una cuesta, se esconde casi el monasterio de agustinas apellidado de nuestra Señora de Gracia y arreglado al tipo más común del siglo XVI. Dícese que antes fué iglesia dedicada á los santos Justo y Pastor, y en tiempos más remotos mezquita al tenor de unas letras arábigas de quinientos años de antigüedad halladas en su techumbre, cuando en 1509 fué entregada para dicho objeto á la piadosa Mencía de San Agustín, siendo uno de los primeros vicarios santo Tomás de Villanueva. La capilla mayor, más alta que el resto de la iglesia y exenta de blanqueo, contiene un altar plateresco con numerosos relieves de la historia de la Virgen: hízola y dotóla en 1551 Pedro Dávila contador mayor de Carlos V, disponiendo dos nichos adornados con las pilastras y frontón de costumbre, el del lado de la epístola para su propio entierro, el otro para el de sus padres Juan Álvarez Dávila y Mencía Álvarez Salazar (1). Otro Pedro Davila del Águila costeó en 1572 la fábrica de la nave, renovada acaso en sus bóvedas de yeso después del incendio que maltrató el edificio en 10 de noviembre de 1622. Desterrada de Madrigal por su credulidad en el misterioso pastelero, habitó allí por algún tiempo antes de pasar á las Huelgas de Burgos doña Ana de Austria hija del vencedor de Lepanto; pero más insigne honra había ya recibido el con-

(1) Murió dicho contador según el epitafio en 1553 día de san Juan.

vento con la residencia bien que corta de una simple educanda. Veinte y dos años contaba éste de existencia, y diez y seis de edad Teresa de Ahumada al conducirla á él su padre en 1531 más bien para prevenir peligros que para corregir vanidades (1). Allí, aunque no criada todavía para monja y aun *enemiguísima* de serlo, se reanimó la devoción de sus primeros años con las santas y discretas pláticas de sor María Briceño, y ya con pesar volvió á su casa al cabo de año y medio obligada por una grave enfermedad.

La providencia, tomando ocasión de su estrecha amistad con sor Juana Suárez, la destinaba á otra orden de la cual la constituyó reformadora. En 1515, año cabalmente de su nacimiento, se había establecido al norte de la ciudad, en una granja que antes fué cementerio de judíos, el convento de carmelitas de la Encarnación, que empezó corto tiempo atrás por un beaterio formado dentro de la población por doña Elvira de Medina (2). La situación era apacible, entre huertos y arboledas, á vista de los torreados muros de Ávila en la vecina altura, y alrededor campos, agua, flores, tan adecuadas para levantar el espíritu de su nueva moradora (3). En aquella casa tomó el hábito Teresa en 2 de noviembre de 1533, y cumplido el año profesó: agudos

(1) Pondéras en el cap. II de su vida la humildad de la santa, pues por lo demás confiesa que «nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino á pasatiempos de buena conversación». Y continúa: «Aguardaron á coyuntura que no pareciese novedad, porque haberse mi hermana casado y quedar sola sin madre no era bien. Era tan demasiado el amor que mi padre me tenía y la mucha disimulación mía, que no había creer tanto mal de mí, y así no quedó en desgracia conmigo... Como yo temía tanto la honra, todas mis diligencias eran en que fuese secreto, y no miraba que no podía serlo á quien todo lo ve».

(2) Protegía este beaterio don Gutierre de Toledo maestro-escuela de Salamanca, y se fundó entre San Vicente y el Mercado Chico en una iglesia de Todos Santos que había sido sinagoga de judíos, de la cual no tenemos otra noticia; otros dicen que en las casas del mayorazgo de San Miguel del Arroyo. La granja donde se mudó el convento era de Francisco Pajares del Águila, padre de la madrina de santa Teresa. Llegó á tener más de ciento cincuenta monjas en tiempo de la santa.

(3) «Aprovechábame á mí también ver campos, agua, flores; en estas cosas hallaba yo memoria del Criador, digo que me despertaban y recogían y servían de libro». (Cap. IX de su vida).

males, soportados con paciencia que no se atreve á negar, la forzaron al principio á dejar el claustro por largas temporadas y paralizaron su cuerpo, hasta que la sanó su confianza en san José de quien fué siempre tan devota; frecuente trato con seglares y alejamiento de la oración disiparon luégo su espíritu y lo mantuvieron casi por veinte años en una languidez y tibieza que agrava su profunda humildad. El locutorio donde se le representó Cristo enojado de sus distraídas conversaciones, donde la espantó en medio de ellas una deforme alimaña, guarda pintados estos avisos: así se guardase la llagada imagen del Redentor, que impresionándola vivamente al entrar en el oratorio y derriéndola en lágrimas, decidió su mudanza y su llamamiento á la cumbre de la perfección. Desde entonces aquellos muros ya no presenciaron sino una sublime seguridad turbada apenas por ningún combate, deliquios de amor, visiones, arrobamientos, mercedes del cielo singularísimas; y de la más regalada al par que dolorosa fué teatro una apartada estancia á manera de desván, donde aún parecen rastrearse gotas de sangre extraídas de su corazón por el dardo de un querubín (1). ¡Qué mucho que no sin *pena* recibiese la intimación divina de abandonar aquella casa grande y deleitosa tan á su gusto, y aquella celda hecha tan á su propósito, y tantas amigas, y el amado reposo de treinta años, para emprender la áspera carrera de la reforma erizada de escollos y contradicciones!

Señalan por fuera la primitiva construcción del templo di-

(1) Es el gran suceso que desde principios del siglo pasado se honra con la fiesta particular de la *transverberación* y que describe así la propia santa en el capítulo XXIX de su vida: «Via un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla... no era grande sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego: este me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba á las entrañas; al sacarle me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite ni se contenta el alma con menos que Dios».

ferentes machones y una moldura que encuadra el arco del portal; mas el interior fué renovado por completo, cuando á la nave de cinco bóvedas, sin atender á su justa proporción, se añadió crucero y cúpula con barroco ornato, destruyendo la capilla mayor edificada por su ejemplar protector Bernardino de Robles. Un corredor introduce desde el brazo izquierdo á la habitación de la santa, que constaba de dos aposentos con su altar respectivo, y que transformó hacia 1630 el obispo don Francisco Márquez de Gaceta en una espaciosa capilla cortada en cruz y cubierta por una media naranja. Entre los cuadros que componen cierta especie de retablo algunos representan á la estática virgen, y dos tarjetones bendicen sus huellas de calzada y de descalza, conciliando el justo homenaje á su santidad con la indirecta vindicación del convento que no se plegó á adoptar la estrechez de su regla (1). Ninguno de los objetos contenidos en la capilla puede gloriarse de ser coetáneo suyo, sino es una pintura de la Virgen á la derecha y encima de la entrada la reja de su ventana por donde sin cesar ansiosos y enamorados se levantaban al cielo sus ojos.

Malquista generalmente de sus compañeras y bajo el peso de graves acusaciones ante su provincial, salió de la Encarnación la insigne fundadora para la humilde casa primicia de sus desvelos, que en secreto y dando el nombre su hermana doña Juana, había comprado y labrado con sobrada penuria. Día de san Bartolomé de 1562, logró su deseo de ver erigida por fin una iglesia á su especial patrono san José, y puesto en ella el Sacramento, y vestido el hábito á cuatro huérfanas pobres primer plantel de su reforma; y entre las preciosidades del convento se enseñan aún el pito, el tamboril y la pandereta con que sencilla y alegremente se solemnizó la inauguración. Mas á las pocas

(1) Dicen así los tarjetones: *Expandit se sicut pater Elias. Quam pulchri sunt gressus tui in calceamentis, filia, soror, gubernatrix hujus conventus regularis observantiæ et in hac cellula... C. (constitutionum) cap. 7.—Plicavit se sicut pater Eliseus. Quam pulchri sunt gressus tui in sandaliis, reformatrix magistra superioris observantiæ! Hugo in eodem capite.*

horas recias tentaciones acongojaron el alma de la santa madre (1), citóselas á juicio ante el capítulo de su orden, púsose en alboroto toda la ciudad recelando no sé qué daños por parte de la que había de constituir en adelante su mayor gloria y por parte del instituto de que el cielo la escogía por cuna. Pronto amansó la tormenta, y en medio de sus doce aprovechadas hijas, que más no quiso, encerradas en estrecha clausura antes de la prescripción general del concilio de Trento y viviendo de limosna y sin renta como tan de fijo se lo había propuesto, gozó Teresa los cinco años *más descansados de su vida* en aquel *rinconcito de Dios y paraíso de su deleite*. La casa *aunque pobre y chica* tenía *lindas vistas y campo*, es decir cercado, donde había varias ermitas para mayor retiro: la iglesia, más reducida que la actual y muy distante de su pulimiento, satisfacía juntamente su amor al aseo y á la pobreza. Morada de sosiego y quietud que echaba bien de menos desde que en 1567 empezaron sus continuos viajes y trabajosas fundaciones, y de que ya no disfrutó sino por cortos intervalos de descanso en sus expediciones al norte y al sur, á poniente y á levante (2).

Aún la obligó la obediencia, de 1571 á 74, á volver como prelada á la Encarnación de donde había partido poco menos que como rea; y el bien que derramó en sus antiguas hermanas restaurando su fervor y hasta sus rentas, y sus dulcísimos colo-

(1) En el cap. XXXVII de su vida declara la gran batalla espiritual que entonces sufrió, más terrible que las persecuciones exteriores.

(2) Las fundaciones de santa Teresa formaban topográficamente una cruz de la cual Ávila era el centro: al norte las de Medina del Campo, Valladolid, Palencia y Burgos; al oeste las de Salamanca y Alba de Tormes; al este las de Segovia, Soria y Pastrana; al sur formando un ancho pié las de Toledo, Malagón, Beas, Sevilla, Caravaca y Villanueva de la Jara. Su primera salida de San José fué para Medina del Campo en agosto de 1567; en 1568 su permanencia en él duró sólo tres meses de junio á agosto, en 1569 pocos días á principios de marzo, en 1570 desde agosto á fin de octubre. De 1571 á 74 residió en la Encarnación durante su priorato, terminado el cual volvió á su querido convento para ir luego á Valladolid; en enero de 1575 estuvo en él otra vez de paso, pero desde agosto de 1577 hasta junio de 1579 no lo dejó por dos años continuos. Volvió por un mes en julio de 1580 con motivo de la muerte de su hermano Lorenzo, y en setiembre de 1581 permaneciendo allí por última vez hasta el fin del año.

quios con san Juan de la Cruz, á quien puso de vicario en el convento, premiaron copiosamente sus cuidados. En 1577 las calzadas la eligieron por priora otra vez; pero estorbáronlo las violencias y excomuniones de los frailes de su ropa, seguidas de la cruel prisión del angelical vicario y de su compañero. Retirada en su querido encierro de san José durante la mayor furia de la tempestad permaneció hasta mediados de 1579: su última estancia en él fué hacia los cuatro postreros meses de 1581, muy á propósito para preservarlo de la decadencia que le amenazaba. Necesitóse acaso todo su desasimiento de las cosas de la tierra, para que al cerrar los ojos en Alba de Tormes diez meses más adelante no encomendase su cuerpo á la primogénita de sus fundaciones: por lo menos la de Ávila presentó tales títulos á poseerlo, que por acuerdo del capítulo provincial lo obtuvo, recibéndolo con transporte en 25 de noviembre de 1585 y colocándolo muy cerrado en la sala capitular; pero en 23 de agosto del año siguiente hubo de devolverlo de orden del pontífice, en quien influyeron á favor de Alba las instancias de su duque. Debíó, por tanto, contentarse con la clavícula del brazo roto allí mismo á fines del 1577, con varios objetos del uso de la santa que se enseñan reverentemente al viajero (1), y sobre todo con cierto aroma indefinible de su bienaventurada existencia que en aquel ambiente se respira.

El convento de san José, que el pueblo por excelencia titula de las Madres, cae en el arrabal á espaldas del Mercado Grande, en un laberinto de extraviadas callejuelas difícil de acertar sin guía, y sólo se manifiesta al que le busca con deseo. El curioso que aguarda sentir en él impresiones, sí, pero diversas de las artísticas, queda agradablemente sorprendido á vista de la noble

(1) Entre ellos se distinguen el jarrito en que bebía, su correa puesta en un relicario, una carta suya y otra de san Pedro de Alcántara dirigida á ella, un autógrafa de las canciones de san Juan de la Cruz, y un ejemplar de los Morales de san Gregorio, edición de Sevilla de 1527, acotados de letra de la santa y que leía en su primera juventud, hacia 1535, según se desprende del cap. V de su vida.

cuanto sencilla arquitectura de la fachada, terminada en un ático triangular y adornada de un pórtico de tres arcos graciosos sobre dóricas columnas y de una bella estatua del patriarca llevando al niño Dios de la mano, obra de excelente escultor (1). Desde luego conoce que no es aquella la pobreza con que solía edificar la fundadora; y en efecto muy otra era la iglesia que en su tiempo y aun después de su muerte se levantaba de piedra seca y barro sobre la fábrica vieja, y la capilla mayor tan pequeña, aunque labrada á expensas del obispo Mendoza, que se afligió de verla el célebre arquitecto Francisco de Mora al visitar aquellos lugares. Agradecido éste á las mercedes de la santa y por indicación de su confesor volvió allá hacia 1608, y mandando derribar lo hecho á excepción de tres capillas, lo reconstruyó de nueva planta y de sillería, y la bóveda, que había de ser techo de madera, de hermosa piedra de jaspe rojo: los doce mil quinientos ducados que costaron dichas obras los allegó de limosnas el piadoso artífice puesto en la corte á demandadero, contribuyendo no poco de su parte (2). La nave no es vasta aún, pero elegante: sus cuatro bóvedas, como las de varios templos de religiosas en Ávila, se aproximan á la forma hemisférica; en el retablo mayor aparece el grandioso carácter de los de su siglo, con buenas pinturas en los entrepaños de sus cuatro columnas corintias y la figura del titular en el centro. Al lado de la epístola una notable efigie de alabastro arrodillada en un re-

(1) Giraldo de Merlo portugués ó más bien natural de Génova según la opinión más fundada. La estatua de san José, regalo de Felipe III, costó 800 ducados sin la sierra, diadema y vara de bronce dorado.

(2) Interesantísima bajo todos conceptos es la relación que de sus visitas, gestiones y trabajos en dicha fábrica hace el insigne arquitecto, y que puede verse en el tomo II de los escritos de santa Teresa, biblioteca de Rivadeneira, pág. 381. De las tres capillas que dejó subsistentes, una era la que hizo la misma santa para su hermano Lorenzo, otra la del clérigo Julián de Ávila su compañero en las fundaciones, y otra la de don Francisco de Guillamas. Las otras tres las obró Mora por su cuenta, reservando para sí la inmediata á la puerta que ocupaba cabalmente el sitio del capítulo donde había estado en depósito el santo cuerpo; pero como al fin se enterró en Santiago de Madrid, es de creer que la devolvería al licenciado Mena, confesor de las monjas, que se la había cedido y que hoy tiene en ella su epitafio.

clinatorio representa al obispo don Álvaro de Mendoza, fundador de la capilla y constante favorecedor de la reforma, que quiso descansar en aquel bendito suelo (1); al otro se abre la reja del coro, puesto á un costado del presbiterio como el de Alba de Tormes, cuya silla prioral nadie ocupa sino la imagen de la ínclita madre presidiendo perennemente á sus hijas (2).

Las capillas de severo estilo, cerradas con rejas y cubiertas de media naranja, sirven de entierro á bienhechores, y reúnen á personas muy amantes y queridas de la santa al rededor del lugar que creían destinado á recibir sus preciosos restos. Ella misma en sus postreros años cuidó de labrar la de su predilecto hermano Lorenzo, que es una de las de mano derecha; y bien lo merecía el que había sido el amparo y sostén de toda la familia, el providencial socorro de la pobre *monjilla* en sus más apurados trances, el que tan cristiano uso hacía de la fortuna adquirida en el Perú con treinta y cuatro años de honrosas fatigas (3). El buen sacerdote Julián de Ávila y el docto maestro Gaspar Daza tomaron á su cargo la inmediata capilla, en la cual yacen la madre y la hermana del segundo, Francisca y Catalina, muerta aquella en 1571 y la otra diez años más tarde (4).

(1) La inscripción dice así: *Alvarus de Mendoza quondam episcopus Abulensis, deinde Palentinus comesque Perniæ, hujus capellæ fundator, necnon ejusdem monasterii totiusque ordinis benemerentissimus protector, obiit XIX aprilis MDLXXXVI.* Desde Valladolid donde murió, mandó traer allí su cadáver. En 1562 recibió bajo su protección el convento, que le estuvo exclusivamente sujeto hasta su traslación á la silla de Palencia en 1577.

(2) Análogo homenaje tributó á la Madre de Dios santa Teresa elegida priora de la Encarnación en 1571, colocando en la silla su figura con las llaves del convento en la mano y sentándose ella á los pies en una tarima.

(3) Véanse las repetidas cartas que le escribió la santa y los muchos pasajes de sus escritos en que habla de él con amor y casi con respeto, á pesar de llevarle cuatro años de ventaja. Desde su regreso del Perú en 1576, vivía habitualmente el buen caballero en su serna ó heredad á una legua de Ávila llevando una conducta ejemplar y cuidando de sus hijos. «Falleció Lorencio de Cepeda, dice el epitafio, á 26 de junio de 1580». En el sepulcro están sus blasones, y en el retablo de la capilla una pintura del martirio de san Lorenzo.

(4) *Mi buena hermana* llama santa Teresa á la segunda en una carta escrita en 1575 que es la LVIII de la edición de Rivadeneira: del maestro Gaspar habla con alto aprecio en varios pasajes. Mora en su relación no menciona esta capilla